Gregorio Marañón
Esquema del intelectual puro

Viejas páginas mías han intentado, en otra oportunidad, trazar el esquema de lo que podía ser una historia de la literatura española escrita por Gregorio Marañón[1]. Porque España fue para él, ejemplarmente, "cura" y "cogitatio"; "curiosidad" y "cuidado"; es decir, pensamiento amoroso, no se limitó a conocerla en todos sus rincones y en todas sus expresiones cantonales, y a coleccionar cuantos libros de viajes contenían reflejos de la facies peninsular, sino que entendió luminosamente que la radiografía de un cuerpo geográfico la da su expresión literaria. Y movido por su fabulosa capacidad investigadora nos ha dejado páginas egregias sobre los cinco siglos últimos de la literatura española. Desde el siglo XV, analizado en las crónicas y cancioneros que circundan la turbulenta monarquía de Enrique IV, hasta las figuras literarias de su estricta contemporaneidad. Falta, en este cuadro, la visión épica de la Castilla medieval, como escasea la panorámica de los grandes momentos imperiales. Puede decirse, en efecto, que la atención marañoniana se centra en los períodos de crisis, de contradicción, de encrucijada; en las épocas que, como el Cuatrocientos, traen consigo diversas fuerzas en presen-

---

[1] *Marañón y la literatura,* en *Las lecciones amigas,* Barcelona, EDHASA, 1966, págs. 83-98.

cia [2]. Entonces su mirada amorosa es un gran esfuerzo para entender las razones de cada una de las actitudes en litigio. Y yo pondría como primer ejemplo de esta admirable posición mental, su devoción por Toledo, donde escribió tantas páginas sobre el arte y la literatura de España, ciudad que él reiteradamente presentaba como ejemplo de convivencia de culturas, admirable cristalización de lo que él amaba más que nada en el mundo: el *espíritu de tolerancia* [3].

Puesto que nosotros ejemplificamos en Marañón la figura del intelectual puro, en la medida en que se coloca ante las formas polémicas con el alma alerta a la comprensión. Y yo traería como luminosa prueba aquella página egregia escrita sobre el toledano Garcilaso —al que todos quisiéramos servir de escuderos— "que buen caballero era", como dice el poema de Alberti—. En esta página, Marañón recuerda la adscripción de Garcilaso a las tropas del Emperador, cuando la guerra de los Comuneros, con los que guerreaba su propio hermano Pedro Laso. Pero Garcilaso, dice Marañón, era un "alma fluctuante"; y así "Salicio siguió fiel a Carlos V; pero Nemoroso tendía al Comunero los brazos" porque sentía seguramente —y esto es lo importante—, que "en las guerras civiles la razón absoluta no la tiene nadie" [4].

El mismo espíritu de tolerancia hallamos, sin movernos del siglo XVI, en sus estudios sobre Luis Vives, escritor en París, en las horas amargas del exilio. Por eso la proyección personal de Marañón es importante, en la medida que refleja, en Vives, la propia situación del intelectual enfrentado con la obcecación y el apasionamiento: "entonces, como ahora, el pecado mayor, cuando la violencia se ha extendido, es ser ecuánime"; porque "el sueño de Vives, del intelectual conciliador se venía abajo" [5]. Y comen-

---

[2] *Ensayo histórico sobre Enrique IV y su tiempo.*

[3] Véase, por ejemplo, su admirable estudio *El Greco y Toledo,* y el análisis de las imprentas y academias de la ciudad del Tajo en *Elogio y nostalgia de Toledo,* Madrid, 1941.

[4] *Elogio y nostalgia de Toledo,* Madrid, 1941, pág. 133. Unas ideas sobre Garcilaso en el prólogo que escribió para la *Antología poética en honor de Garcilaso de la Vega,* de Antonio Gallego Morell, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1958.

[5] *Luis Vives, un español fuera de España,* Madrid, 1942, págs. 98-135.

tando esto, actualiza Marañón: "¡Qué gran pueblo si se empapara de la gran lección de que los solos bienes del hombre —¡acuérdate de esto por tu vida!— son la sabiduría, la religión, la patria, los padres, los amigos, la justicia, la templanza, la libertad! Todo lo demás, el poder, la vanagloria, el fanatismo, no son sino frágiles y engañosas vanidades" [6].

De ahí que Marañón haya recalcado la plenitud intelectual que se cifra en el humanista, como al analizar la complejidad de la figura de Huarte de San Juan [7] y del liberalismo de los comentaristas de Tácito, en la tradición humanística española representada por Diego Hurtado de Mendoza [8]. Analizar otras páginas sobre la primera mitad del siglo XVI, como las dedicadas a nuestra novela picaresca, nos conducirían a divagación excesiva [9].

La nómina de escritores del período de plenitud clásica, a caballo de los siglos XVI y XVII, estudiados por Marañón, dentro del escenario en que se mueven su *Antonio Pérez* y su *Conde Duque de Olivares* nos permitiría, además de comprobar una vez más su fabulosa erudición, establecer una línea afectiva de valores que tiene su punto más alto en Cervantes, descendiendo en estimación Lope de Vega y todavía más Quevedo. Las razones son, como siempre en Marañón, más que una valoración estética, el juicio de un comportamiento humano. También este capítulo alargaría en demasía mis palabras. Pero no puedo dejar pasar esta ocasión sin recordar hasta qué punto su intuición crítica le hacía penetrar más allá de los datos que la erudición aporta. Bastaría, para ello, señalar lo que escribió en torno al mito de Don Juan y su expresión en la literatura española [10]. Y, aun a costa de caer en vanidad, quiero recordar aquí su espontánea interven-

---

6 *Obs. cits.*, pág. 143.

7 *Tiempo viejo y tiempo nuevo,* Madrid, Col. Austral, pág. 131.

8 *Crónica y gesto de la libertad* (epílogo a su biografía de Tiberio), Buenos Aires, 1952.

9 Prólogo a la edición del Lazarillo de Tormes, Madrid, Espasa-Calpe, 1940.

10 Vid. su obra *Don Juan,* Madrid, Col. Austral y sus prólogos a los libros *Don Juan,* de Francisco Agustín, Madrid, 1928; de Manuel Villaverde, *Carmen y Don Juan,* Madrid, 1933. Reps. en *Obras Completas,* volumen I.

ción en la polémica despertada por mi libro *El espíritu del Barroco,* especialmente en torno a "un posible factor racial", que tantas farisaicas voces levantó en aquel tiempo, y en el que su palabra me sirvió de gran confortamiento, tanto más cuanto aducía a mi tesis sus personales investigaciones sobre el judaísmo de Antonio Pérez y al contorno cultural toledano del *Greco:* "Mi querido amigo: no puede imaginarse el interés con que he leído su ensayo sobre el Barroco. Sí, se lo imaginará usted porque en él he encontrado, desarrollada y convincente, la idea embrionaria que, al pensar en *el Greco,* había tenido. Es seguro que tiene usted razón al atribuir una influencia judaica en el barroco y por los motivos que certeramente explica usted. Los sefarditas, con muchos de los cuales he tratado estos años, tienen una curiosa predilección por Góngora. No sé si recuerda usted que cuando el capitán Toral llegó a Alepo encontró un judío que sabía de memoria sus versos y le tenía por el mejor poeta del mundo. Lo de Gracián es igualmente justo. Fue el escritor español más influido por Antonio Pérez y el judaísmo de este personaje, literalmente lleno de interés, casi tanto como su interés humano, es seguro. Y luego, *el Greco*". (Carta al autor.)

Pero lo que me importa ahora es dibujar la propia figura del intelectual que fue Marañón, a través del prisma de sus propias valoraciones críticas, que ya hemos hecho para el análisis espectral de lo que él estima capital en la función del intelecto: la tolerancia. De ahí la exaltación de *Las ideas biológicas del Padre Feijoo,* en su admirable y clásico libro, o su criterio en torno a los afrancesados, que, una vez más, le plantean la realidad a doble vertiente, y la evidente dificultad de decidirse. Este párrafo suyo es bien característico de su pensamiento: "No sabemos lo que cualquiera de nosotros hubiera hecho de haber vivido entonces. Yo, sin embargo, creo que sí lo sé: yo no hubiera sido ni patriota absolutista, ni liberal de los de Cádiz, ni afrancesado: yo hubiera sido *jovellanista*" [11]. ¡Admirable profesión de fe en la religión intelectual, como eje de tolerancia y equilibrio! ¡Terrible misión, sin embargo, en la vida española! Hablando de otro liberal in-

---

[11] Prólogo al libro de Miguel Artola, *Los afrancesados,* Madrid, 1953.

telectual, Antonio Alcalá Galiano, escribe de su grupo: "hicieron lo que pudieron por crear un Estado tolerante, sobre la humanidad española tan escrespada como la geografía peninsular. No lo consiguieron más que a medias; porque desde la calle no los dejaron vivir, ni los demagogos inverecundos, que les tachaban de traición, ni los recalcitrantes tradicionalistas, que calificaban su noble viraje de maniobra alevosa y concupiscente". Sin embargo —añade—, la semilla quedó en el surco y floreció en los años progresivos de la Restauración" [12]. He aquí un tema muy grato para nuestro médico humanista: lo que llamaríamos, con palabras suyas, "elogio y nostalgia de la convivencia humana y cultural durante la Monarquía de Alfonso XII y Alfonso XIII". Los textos son innumerables y reiterativos [13]. Destacaré por su representatividad estas palabras del prólogo a la biografía de Antonio y Manuel Machado de Miguel Pérez Ferrero: "El alma liberal de aquellos decenios, en España y en todo el mundo, no era, como torpemente creen algunos, pura ideología de partido, sujeta, por lo tanto, al azar de sus aciertos o fracasos, sino aire de la época que respiraban todos los seres humanos... El alma liberal dio su fruto a la civilización como lo había dado, siglos atrás, la del Renacimiento o la de la Reforma... Lo indudable es que el liberalismo, a su hora, fue fecundo y que el rastro de la civilización, su huella está impreso para siempre" [14].

Para la formación de esta conciencia liberal, el intelectual está específicamente vocado, ya que, como Marañón entiende, "un intelectual es parte de la conciencia de la patria durante los años de su vida mortal [15] y, en otro lugar, en definición ya famosa: "ser liberal es, precisamente, estas dos cosas: primero: *estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo;* y segundo, *no*

---

12 Prólogo al libro de Felipe Ximénez de Sandoval, *Antonio Alcalá Galiano,* Madrid, 1948.

13 Vid., por ejemplo, los prólogos a los libros *Epistolario de Menéndez Pelayo y Clarín* (Madrid, 1943); *Leopoldo Alas,* por Marino Gómez Santos, *Clarín,* Oviedo, 1952.

14 *Vida de Antonio Machado y Manuel,* Madrid, 1947. Prólogo.

15 *Españoles fuera de España,* Col. Austral, núm. 700, pág. 149.

admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin" [16].

* * *

Los tiempos que corremos no son propicios a esta noble doctrina, ya que nos amenazan turbiamente en el futuro nuevas formas de intransigencia, al servicio de palabras que pretenden traernos una mística exasperada, que no se asusta de la violencia, sino que la propugna y ejerce. Por eso yo he traído las ideas de este espejo del intelectual puro que fue Gregorio Marañón, y las repito con temblorosa voz. Como una jaculatoria.

GUILLERMO DÍAZ PLAJA.

---

16 *Ensayos liberales.* Prólogo. Col. Austral, núm. 600, pág. 5.